

# **Arsène Lupin vs. Herlock Sholmes**

Biblioteca de Autor

I

# LA DAMA RUBIA

## EL NÚMERO 514, SERIE 23

El 8 de diciembre del año pasado, Monsieur Gerbois, profesor de Matemáticas en el Liceo de Versalles, descubrió entre las cosas de un comerciante de *bric-à-brac* un pequeño escritorio de caoba tipo secreter que le agradó por la multiplicidad de sus gavetas.

«He aquí lo que necesito para el cumpleaños de Suzanne», pensó.

Y como se las ingeniaba, en la medida de sus modestos recursos, para complacer a su hija, negoció el precio y pagó la suma de sesenta y cinco francos.

En el momento en que daba su dirección, un joven de aspecto elegante, que rebuscaba de un lado para otro, vio el mueble y preguntó:

—¿Cuánto?

—Está vendido —replicó el dueño de la tienda.

—¡Ah!... ¡Al señor, quizá?

M. Gerbois saludó y, aún más contento por haber comprado un mueble que un semejante le codiciaba, se retiró. Pero no había dado diez pasos en la calle cuando lo alcanzó el joven. Sombrero en mano y con un tono de perfecta cortesía, le dijo:

—Le ruego infinitamente que me perdone, señor... Voy a hacerle una pregunta indiscreta... ¿Buscaba ese secreter con mayor interés que cualquier otra cosa?

—No. Buscaba una balanza de ocasión para algunos experimentos de física.

—En consecuencia, ¿no le importa mucho?

—Me importa, eso es todo.

—¿Porque es antiguo, quizá?

—Porque es cómodo.

—En ese caso, ¿consentiría en cambiarlo por otro secreter también cómodo, pero en mejor estado?

—Este está en buen estado y el cambio me parece inútil.

—Sin embargo...

El señor Gerbois era un hombre que se irritaba con facilidad y de carácter receloso. Respondió secamente:

—Le ruego, señor, que no insista.

El desconocido se plantó delante de él.

—Ignoro el precio que ha pagado usted por ese mueble, señor. Le ofrezco el doble.

—No.

—El triple.

—¡Oh, basta! —exclamó el profesor, impaciente—. Lo que me pertenece no está a la venta.

El joven lo miró fijamente, con un aire que M. Gerbois no olvidaría; luego, sin decir una palabra, dio media vuelta y se alejó. Una hora después llevaban el mueble a la casita que ocupaba el profesor en la carretera de Viroflay. Llamó a su hija.

—Esto es para ti, Suzanne, si todavía te hace falta.

Suzanne era una criatura bonita, expresiva y feliz. Se arrojó al cuello de su padre y lo besó con tanta alegría como si le hubiese ofrecido un regalo de la realeza. Esa misma tarde, habiéndolo colocado en su habitación con la ayuda de Hortense, la criada, limpió las gavetas y ordenó con cuidado sus papeles, sus cajas de cartas, su correspondencia, sus colecciones de tarjetas postales y algunos recuerdos furtivos que conservaba en honor de su primo Philippe.

Al día siguiente, a las siete y media, M. Gerbois se dirigió al Liceo. A las diez, siguiendo una costumbre cotidiana, Suzanne lo esperaba a la salida, y para él era un gran placer ver en la acera de enfrente su graciosa silueta y su sonrisa infantil.

Regresaron juntos.

—¿Y tu secreter?

—¡Una maravilla! Hortense y yo limpiamos las partes de cobre; parecen de oro.

—Entonces, ¿estás contenta?

—¿Que si estoy contenta?... Con decir que no sé cómo he podido estar sin él hasta ahora.

Atravesaron el jardín que precedía a la casa. M. Gerbois propuso:

—¿Podríamos verlo antes del almuerzo?

—¡Oh, sí! ¡Es una buena idea!

Ella subió primero; pero, al llegar al umbral de su dormitorio, lanzó un grito de espanto.

—¿Qué pasa? —balbuceó M. Gerbois.

Y entró a su vez en la habitación. El secreter no estaba.

\* \* \*

... Lo que sorprendió al juez de instrucción fue la admirable sencillez de los medios empleados. En ausencia de Suzanne, y mientras la criada hacía la compra, un comisario provisto de su placa —los vecinos lo vieron— detuvo su vehículo delante del jardín y llamó dos veces. Los vecinos, que ignoraban que la criada estaba fuera, no tuvieron sospecha alguna, así que el individuo efectuó su tarea con la tranquilidad más absoluta.

Nótese esto: ningún armario había sido forzado y nada estaba desacomodado. Además, el portamonedas de Suzanne que ella había dejado sobre el mármol del secreter estaba

sobre la mesa vecina con los objetos de oro que contenía. El móvil del robo estaba claramente definido, lo que hacía el robo aún más inexplicable: a fin de cuentas, ¿por qué correr tantos riesgos por un botín tan mínimo?

El único indicio que pudo dar el profesor fue el incidente de la víspera.

—Este joven manifestó de inmediato gran contrariedad con mi negativa y tuve la clara impresión de que me dejaba bajo amenaza.

Eso era muy vago. Interrogaron al comerciante. No conocía a ninguno de aquellos señores. En cuanto al objeto, lo había comprado por cuarenta francos en Chevreuse, en una venta por fallecimiento, y creía haberlo vendido en su justo valor. La investigación prosiguió sin averiguarse nada más.

Pero M. Gerbois estaba convencido de que había sufrido una pérdida enorme. En el fondo de alguna gaveta debía haber una fortuna oculta, y esa era la razón por la que el joven, conociendo el escondrijo, había actuado con tal decisión.

—Pobre papá, ¿qué habríamos podido hacer con esa fortuna? —repetía Suzanne.

—¿Qué? Con semejante dote habrías podido aspirar a los mejores partidos.

Suzanne, que limitaba sus pretensiones a su primo Philippe, el cual era un partido lamentable, suspiraba amargamente. Y en la pequeña casa de Versailles la vida continuó, menos alegre, menos tranquila, ensombrecida por lamentos y decepciones.

\* \* \*

Pasaron dos meses. Y de repente, uno tras otro, surgieron los más graves acontecimientos: ¡una serie imprevista de felices oportunidades y de catástrofes...!

El primero de febrero, a las cinco y media, M. Gerbois, que acababa de regresar con un periódico de la tarde en la mano, se sentó, se puso las gafas y comenzó a leer. La política no le interesaba; volvió la página. Inmediatamente un artículo atrajo su atención. Se titulaba:

*Tercer sorteo de lotería de las Asociaciones de la Prensa.*

*El número 514, serie 23, gana un millón...*

El periódico se le escurrió de las manos. Las paredes vacilaron ante sus ojos y su corazón dejó de latir. El número 514, serie 23, ¡era su número! Lo había comprado por casualidad, para ayudar a un amigo, pues no creía en los favores del destino, y he aquí que ¡había ganado!

Rápidamente sacó su agenda. El número 514, serie 23, estaba escrito, para recordarlo, en la página de la agenda. Pero ¿y el billete?

Corrió a su despacho para buscar la caja de sobres entre los cuales había deslizado el preciado billete, y en la entrada se paró en seco, vacilando de nuevo y con el corazón encogido: la caja de sobres no estaba allí y, cosa aterradorante, ¡se dio cuenta súbitamente de que llevaba semanas sin estar allí! ¡Desde hacía semanas no la veía frente él a las horas en que corregía las tareas de sus alumnos!

Escuchó un ruido de pasos sobre la grava del jardín...  
Llamó:

—¡Suzanne!... ¡Suzanne!

Ella vino corriendo. Subió precipitadamente. Él tartamudeó con voz estrangulada:

—Suzanne... La caja... La caja de sobres...

—¿Cuál?

—La del Louvre... La que yo había traído un jueves... y que estaba en la esquina de esta mesa.

—Pero acuérdate, papá... La colocamos juntos...

—¿Cuándo?

—La tarde..., ya sabes, la víspera del día...

—Pero ¿dónde?... Responde... Me estás matando...

—¿Dónde? *En el secreter.*

—¿En el secreter que robaron?

—Sí.

—¿En el secreter que robaron?

Repitió esas palabras en voz baja, con una suerte de espanto. Luego le tomó las manos y, con voz más baja aún, dijo:

—Contenía un millón, hija mía...

—¡Ah, papá! ¿Por qué no me lo dijiste? —murmuró ella con ingenuidad.

—¡Un millón! —repitió él—. Era el número ganador en la lotería.

La enormidad del desastre los aplastó, y durante largo rato guardaron un silencio que no tenían el valor de romper.

Al fin, Suzanne dijo:

—Pero, papá, te lo pagarán de todas formas.

—¿Por qué? ¿Con qué pruebas?

—¿Hacen falta pruebas?

—¡Claro!

—¿Y no las tienes?

—Sí, tengo una.

—¿Entonces?

—Estaba en la caja.

—¿En la caja desaparecida?

—Sí. Y es el otro quien lo cobrará.

—¡Eso sería abominable! Vamos, papá, ¿podrías oponerte a ello?

—¿Acaso lo sé? ¿Acaso lo sé? ¡Ese hombre debe de ser fuerte! ¡Dispone de tales recursos!... Recuerda... El asunto de ese mueble...



Se incorporó con un sobresalto de energía y, golpeando con el pie, dijo:

—¡Pues no! ¡No lo obtendrá!, ¡no obtendrá ese millón! ¿Por qué iba a obtenerlo? Después de todo, por hábil que sea, tampoco puede hacer nada. ¡Si se presenta a cobrarlo, lo detendrán! ¡Ah, nos veremos, mi buen hombre!

—¿Entonces tienes alguna idea, papá?

—La de defender nuestros derechos hasta el final, pase lo que pase. ¡Y triunfaremos!... El millón es mío, ¡y lo obtendré!  
Algunos minutos después expedía este telegrama:

Gobernador del Crédit Foncier.  
Calle Capucines. París.

Soy el poseedor del número 514, serie 23, y me opondré por todas las vías legales a cualquier reclamo externo.

M. GERBOIS

Casi al mismo tiempo llegaba al Crédit Foncier este otro:

El número 514, serie 23, está en mi poder.

ARSÈNE LUPIN

\* \* \*

Cada vez que emprendo la tarea de contar alguna de las innumerables aventuras de que se compone la vida de Arsène Lupin, experimento una verdadera confusión, porque me parece que hasta la más banal de ellas ya es conocida por todos los que me leerán.

De hecho, no hay un gesto de nuestro «ladrón nacional», como graciosamente se le ha llamado, que no se haya descrito de la forma más retumbante, ni una hazaña que no se haya estudiado en todas sus fases, ni un acto que no haya sido co-

mentado con esa abundancia de detalles que suele reservarse al relato de acciones heroicas.

¿Quién no conoce, por ejemplo, esta extraña historia de la Dama Rubia, con sus curiosos episodios, que los periodistas titularon en grandes caracteres «El número 514, serie 23...», «El crimen de la avenida Henri-Martin...», «El diamante azul»? ¡Qué ruido alrededor de la intervención del famoso detective inglés Herlock Sholmes! ¡Qué efervescencia tras cada peripecia que marcó la lucha entre estos dos grandes artistas! ¡Y qué bullicio en los bulevares el día en que los vendedores de periódicos vociferaron: «La detención de Arsène Lupin»!

Mi excusa es que yo apporto algo nuevo: la clave del enigma. Siempre queda algo de sombra alrededor de estas aventuras: yo la disipo. Reproduzco artículos leídos y releídos, copio antiguas entrevistas; pero todo eso lo coordino, lo clasifico y lo someto a la verdad exacta. Mi colaborador es este Arsène Lupin cuya condescendencia conmigo es inagotable. Y lo es también, en este caso, el inefable Wilson, el amigo y confidente de Sholmes.

\* \* \*

Se acuerda de la formidable carcajada que acogió la publicación del doble recado sobre el billete de lotería.

El solo nombre de Arsène Lupin era una seguridad de imprevistos, una promesa de diversión para la galería. Y la galería era el mundo entero.

De las indagaciones realizadas inmediatamente por el Crédit Foncier resultó que el número 514, serie 23, había sido vendido por medio del Crédit Lyonnais, sucursal de Versailles, al comandante de artillería Bessy. Ahora bien, el comandante había muerto de una caída de caballo. Se supo por unos cama-

radas a los que había confiado que, poco antes de su muerte, había cedido su billete a un amigo.

—Ese amigo soy yo —afirmó M. Gerbois.

—Pruébelo —objetó el gobernador del Crédit Foncier.

—¿Que lo pruebe? Es fácil. Veinte personas le dirán que yo tenía estrechas relaciones con el comandante y que nos reuníamos con frecuencia en el café de la Place d'Armes. Fue allí donde un día, para aliviarlo de un momento de apuro, le compré el billete por la suma de veinte francos.

—¿Tiene testigos de esa transacción?

—No.

—En ese caso, ¿en qué fundamenta usted su reclamación?

—En la carta que me escribió sobre tal asunto.

—¿Cuál carta?

—Una carta engrapada al billete.

—Muéstrela.

—¡Pero si estaba en el secreter robado!

—Recupérela.

El mismo Arsène Lupin la publicó.

Una nota publicada en el *Écho de France* —que tiene el honor de ser su órgano oficial y del cual, según parece, es uno de los principales accionistas— anunció que ponía en manos del señor Detinan, su abogado consejero, la carta que el comandante Bessy le había escrito a él personalmente.

Fue una explosión de júbilo: ¡Arsène Lupin utilizaba los servicios de un abogado! ¡Arsène Lupin, respetuoso con las reglas establecidas, designaba para representarlo a un miembro del colegio de abogados!

Toda la prensa se lanzó a casa de Detinan, influyente diputado radical, hombre de alta probidad y de espíritu refinado, un poco escéptico, a veces paradójico.

Detinan nunca había tenido el placer de reunirse con Arsène Lupin —y lo lamentaba mucho—; pero, en efecto,

acababa de recibir sus instrucciones, y muy emocionado por una elección que sentía llena de honor, tenía la intención de defender vigorosamente los derechos de su cliente. Abrió entonces el expediente recién creado y sin rodeos exhibió la carta del comandante que probaba la cesión del billete, pero no mencionaba el nombre del adquirente.

«Mi estimado amigo...», decía simplemente.

—«Mi estimado amigo» soy yo —añadía Arsène Lupin en una nota adjunta a la carta del comandante—. Y la mejor prueba es que tengo la carta.

La nube de periodistas se abalanzó inmediatamente sobre la casa de M. Gerbois, quien solo pudo repetir:

—«Mi estimado amigo» no es otro que yo. Arsène Lupin me robó la carta del comandante junto con el billete de lotería.

—¡Que lo pruebe! —respondió Lupin a los periodistas.

—¡Pero si fue él quien robó el secreter!... —exclamó M. Gerbois delante de los mismos periodistas.

Y Lupin respondió:

—¡Que lo pruebe!

Y fue un espectáculo de encantadora fantasía ese duelo público entre los dos poseedores del número 514, serie 23; las idas y venidas de los reporteros; la sangre fría de Arsène Lupin frente al enloquecimiento del pobre M. Gerbois.

¡El desventurado! ¡La prensa estaba repleta de sus lamentaciones! Él confiaba su infortunio con conmovedora ingenuidad:

—Compréndase, señores. ¡Es la dote de Suzanne lo que ese truhan me quiere robar! A mí, personalmente, me tiene sin cuidado, pero ¡por Suzanne! Piénsenlo: ¡un millón! ¡Diez veces cien mil francos! ¡Ah! ¡Bien sabía yo que el secreter contenía un tesoro!

Se le había objetado bastante que su adversario, al llevarse el mueble, ignoraba la presencia de un billete de lotería, y

que en todo caso nunca habría podido prever que ese billete ganaría el premio gordo. Él gemía:

—¡Vamos, lo sabía!... Si no, ¿por qué se habría molestado en llevarse ese miserable mueble?

—Por razones desconocidas, pero ciertamente no para apoderarse de un trozo de papel que en ese entonces valía la modesta suma de veinte francos.

—¡La suma de un millón! Él lo sabía..., ¡lo sabe todo! ¡Ah, no conocen a ese bandido!... ¡Él no les ha robado un millón!

\* \* \*

El diálogo habría podido durar por mucho tiempo. Pero, al duodécimo día, M. Gerbois recibió una misiva de Arsène Lupin que llevaba la indicación de «*confidencial*». La leyó con inquietud creciente:

Señor:

El público se divierte a nuestra costa. ¿No estima usted que ha llegado el momento de ponernos serios? Por mi parte, estoy firmemente dispuesto.

La situación es clara: yo poseo un billete que no tengo derecho a cobrar, y usted tiene el derecho a cobrar un billete que no posee. Así pues, no podemos hacer nada el uno sin el otro.

Ahora bien: ni usted consentirá en cederme SU derecho, ni yo en cederle MI billete.

¿Qué hacer?

Yo no veo más que un medio: repartámoslo. Medio millón para usted y medio millón para mí. ¿No es equitativo? Y este juicio de Salomón ¿no satisface esa necesidad de justicia que existe en cada uno de nosotros?

Solución justa, pero inmediata. Esta no es una oferta que tenga usted el tiempo de discutir, sino una necesidad a la que las circunstancias le obligan a adaptarse. Le doy tres días para reflexionar. El viernes por la mañana me gustaría creer que leeré en los anuncios clasificados del *Écho de France* una discreta nota dirigida al señor *Ars Lup* que contuviera, en términos velados, su adhesión pura y simple al pacto que le propongo. Por ese medio, usted entrará en posesión inmediata del billete y cobrará el millón... esperando a remitirme quinientos mil francos por el procedimiento que yo le indicaré.

En caso de negarse, he tomado mis disposiciones para que el resultado sea idéntico. Pero, aparte de las muy graves molestias que le causará tal obstinación, tendrá que sufrir usted una retención de veinticinco mil francos para gastos suplementarios.

Por favor acepte, señor, la expresión de mis más respetuosos sentimientos.

ARSÈNE LUPIN

Exasperado, M. Gerbois cometió la enorme falta de mostrar esta carta y dejar que la copiaran. Su indignación lo empujaba a estas tonterías.

—¡Nada! ¡No tendrá nada! —gritaba ante los periodistas reunidos—. ¿Partir lo que me pertenece? ¡Jamás! ¡Que rompa el billete si quiere!

—Sin embargo, quinientos mil francos es mejor que nada.

—No se trata de eso, sino de mi derecho, y estableceré este derecho ante los tribunales.

—¿Atacar a Arsène Lupin? Eso sería gracioso.

—No, sino al Crédit Foncier, que debe pagarme el millón.

—Contra la entrega del billete o, al menos, contra la prueba de que usted lo compró.

—La prueba existe, puesto que Arsène Lupin confiesa que robó el secreter.

—¿Les bastará a los tribunales la palabra de Arsène Lupin?

—No importa. Yo proseguiré.

El público zapateaba. Se hicieron apuestas: unos sostenían que Lupin sometería a M. Gerbois; otros, que cedería a las amenazas. Y se experimentaba una suerte de intranquilidad. Así de desiguales eran las fuerzas entre los dos adversarios: uno, tan rudo en su asalto; otro, asustado como una bestia acorralada.

El *Écho de France* se agotó el viernes, todos escrutaron febrilmente la quinta página en el lugar dedicado a los anuncios breves. Ni una sola línea dirigida al señor *Ars Lup*. A las órdenes de Arsène Lupin, M. Gerbois respondía con el silencio.

¡Era la declaración de guerra!

Esa noche se supo por los periódicos el secuestro de la señorita Suzanne.

\* \* \*

Lo que nos regocija en eso que podríamos llamar «los espectáculos de Arsène Lupin» es el papel eminentemente cómico de la policía. Todo ocurre al margen de ella. Él habla, escribe, previene, ordena, amenaza y ejecuta como si no existiese el jefe de la Sûreté ni los agentes, ni los comisarios, ni nadie, en fin, que pueda estorbarlo en sus designios. Todo eso lo considera nulo y sin efecto. El obstáculo no cuenta.

¡Y, sin embargo, la policía se mueve! Tratándose de Arsène Lupin, desde el más alto hasta el más bajo de la escala, todo el mundo prende fuego, hierve, espumea de rabia. Es el enemigo, y un enemigo que se burla de ti te provoca, te desprecia o, peor aún, te ignora.

¿Y qué hacer contra un enemigo semejante? A las nueve cuarenta, según testimonio de la criada, Suzanne salió de casa. A las diez y cinco, al salir del Liceo, su padre no la vio en la acera donde ella acostumbraba esperarlo. Así pues, todo había ocurrido en el transcurso del breve paseo de veinte minutos que debía conducir a Suzanne desde su casa hasta el Liceo o, por lo menos, hasta los accesos al Liceo.

Dos vecinos afirmaron haberse cruzado con ella a trescientos pasos de la casa. Una dama había visto caminar a lo largo de la avenida a una joven cuya descripción coincidía. ¿Y después? Después no se sabía.

Se investigó por todos lados, se interrogó a los empleados de las estaciones y del fielato. No habían observado aquel día nada que pudiera relacionarse con el secuestro de una joven. Sin embargo, en Ville d'Avray un tendero declaró que había facilitado aceite a un automóvil cerrado que llegaba de París. Al volante un conductor; en el interior, una dama rubia..., excesivamente rubia, precisó el testigo. Una hora después el automóvil volvía de Versalles. Un atasco de tráfico lo obligó a ir más despacio, lo que permitió al tendero comprobar, al lado de la dama rubia ya vista, la presencia de otra dama envuelta en chales y velos. No tenía ninguna duda de que fuese Suzanne Gerbois.

Pero entonces había que suponer que el secuestro había tenido lugar a pleno día, en una carretera muy frecuentada, ¡en el centro mismo de la ciudad! ¿Cómo? ¿En ese lugar? No se oyó ni un grito, ni se observaron movimientos sospechosos.

El tendero dio la descripción del automóvil: una limusina de veinticuatro caballos, de la casa Peugeot, con carrocería azul oscuro. En todo caso se informó a la directora del Grand Garage, la señora Bob-Walthour, especialista en alquileres de vehículos. El viernes por la mañana, en efecto, había alquilado por todo el día una limusina Peugeot a una dama rubia, a la que no había vuelto a ver.



—Pero el conductor...

—Era un tal Ernest, que habíamos contratado el día anterior, precedido de excelentes recomendaciones.

—¿Está aquí?

—No, devolvió la limusina, y no ha vuelto.

—¿Podríamos rastrearlo?

—Sí, por medio de las personas que lo recomendaron. Aquí tiene los nombres.

Visitaron a esas personas en sus casas. Ninguna de ellas conocía al tal Ernest. Así pues, cualquier pista que se seguía para salir de las tinieblas llevaba a otras tinieblas, a otros enigmas.

M. Gerbois no tenía fuerzas para luchar una batalla que comenzaba de forma tan desastrosa para él. Inconsolable desde la desaparición de su hija, roído por los remordimientos, capituló.

Un pequeño anuncio aparecido en el *Écho de France*, que todo el mundo comentó, confirmó su sumisión pura y simple, y sin pensarlo dos veces.

Era la victoria, la guerra terminada en cuatro veces veinticuatro horas.

Dos días después, M. Gerbois atravesaba el patio del Crédit Foncier. Llevado ante el administrador, le entregó el número 514, serie 23.

El administrador saltó.

—¡Ah! ¿Lo tiene? ¿Se lo han devuelto?

—Se había extraviado. Aquí está —respondió M. Gerbois.

—Sin embargo, usted afirmó... Cuestionó...

—No son más que chismes y mentiras.

—Pero aún necesitaríamos algún documento de respaldo.

—¿La carta del comandante será suficiente?

—Así es.

—Aquí está.

—Perfecto. Sírvase dejar estos documentos en depósito. Se nos conceden quince días para su verificación. Le avisaré cuándo puede presentarse a nuestra caja. De aquí a entonces, señor, creo que usted es el más interesado en no decir nada, y en terminar este asunto en el silencio más absoluto.

—Esa es mi intención.

M. Gerbois no habló; el administrador tampoco. Pero existen secretos que se revelan sin que ninguna indiscreción se cometa, y enseguida se supo que Arsène Lupin había tenido la audacia de devolver a M. Gerbois ¡el número 514, serie 23!

La noticia fue acogida con estupefacta admiración. ¡Desde luego que era un buen jugador el que arrojaba sobre la mesa un as de tanta importancia como el preciado billete! Claro, solo se había desprendido de él a sabiendas y a cambio de una carta que restablecía el equilibrio. Pero ¿y si la joven escapaba? ¿Y si lograban encontrar al rehén?

La policía comprendió el punto débil del enemigo y redobló sus esfuerzos. Arsène Lupin desarmado, despojado por sí mismo, preso en el engranaje de sus combinaciones, sin tocar ni un traidor *sou* del millón codiciado... De golpe, los que se reían pasaban al lado del otro campo.

Pero era preciso encontrar a Suzanne. ¡Y no la encontraban, ni ella escapaba!

Bien, decían, se anotaba el punto, y Arsène ganaba la primera partida. ¡Pero aún quedaba lo más difícil! La señorita Gerbois se hallaba en sus manos, esto lo sabemos, y no la devolvería sino a cambio de quinientos mil francos. Pero ¿dónde y cómo se efectuaría el intercambio? Para que este intercambio ocurriera, era necesario concertar una cita, y entonces ¿quién le impide a M. Gerbois avisar a la Policía para recobrar a su hija y quedarse con el dinero?

Entrevistaron al profesor. Muy abatido, deseoso de guardar silencio, permaneció impenetrable.

—No tengo nada que decir. Solo espero.

—¿Y la señorita Gerbois?

—La búsqueda continúa.

—Pero ¿Arsène Lupin le ha escrito?

—No.

—¿Da su palabra?

—No.

—Entonces es que sí. ¿Cuáles son sus instrucciones?

—No tengo nada que decir.

Asediaron al abogado Detinan. La misma discreción.

—El señor Lupin es mi cliente —respondió con afectada gravedad—. Se comprenderá que estoy sujeto a la reserva más absoluta.

Todos estos misterios irritaban al público. Evidentemente se tramaban planes en la sombra. Arsène Lupin disponía y apretaba las mallas de sus redes, mientras que la Policía organizaba alrededor de M. Gerbois una vigilancia de día y de noche. Y se examinaban los tres únicos desenlaces posibles: el arresto, el triunfo o el fracaso ridículo y lamentable.

Pero sucedió que la curiosidad del público solo se iba a satisfacer de forma parcial, y es aquí, en estas páginas, donde se revelará por primera vez la verdad exacta.

\* \* \*

El martes, 12 de marzo, M. Gerbois recibió, en un sobre de apariencia vulgar, un aviso del Crédit Foncier.

El jueves, a la una, tomaba el tren a París. A las dos, los mil billetes de mil francos le eran entregados. Mientras los contaba, uno a uno, temblando... ¿no era este dinero el rescate de Suzanne?... dos hombres hablaban en un auto detenido a cierta distancia de la puerta principal. Uno de esos hombres tenía cabello canoso y un rostro enérgico que contrastaba con

su ropa y sus modales de empleado modesto. Era el inspector general Ganimard, el viejo Ganimard, el enemigo implacable de Lupin. Y Ganimard le decía al sargento Folenfant:

—Ya no tardará... En menos de cinco minutos volveremos a ver a nuestro hombre. ¿Todo listo?

—Absolutamente.

—¿Cuántos somos?

—Ocho, dos con bicicletas.

—Y yo, que valgo por tres. Es bastante, pero no demasiado. A toda costa hay que evitar que ese Gerbois se nos escape... Si no, ¡adiós! Se juntará con Arsène Lupin en el lugar que han debido fijar, cambiará a la muchacha por el medio millón, y el juego se acabó.

—Pero ¿por qué entonces el hombre no va con nosotros? ¿Sería tan simple! Metiéndonos en su juego conservaría el millón entero.

—Sí, pero tiene miedo. Si intenta engañar al otro, no recuperará a su hija.

—¿Qué otro?

—Él.

Ganimard pronunció esta palabra con tono grave, un poco temeroso, como si hablara de un ser sobrenatural cuyas garras ya hubiera sentido.

—Es bastante cómico —observó juiciosamente el sargento Folenfant— que nos veamos reducidos a proteger a ese señor contra sí mismo.

—Con Lupin el mundo está de cabeza —suspiró Ganimard.

Transcurrió un minuto.

—Atención —dijo.

M. Gerbois salía. Al final de la rue des Capucines tomó los bulevares del lado izquierdo. Se alejaba lentamente, pasando frente a las tiendas, mirando los escaparates.

—Demasiado tranquilo el cliente —decía Ganimard—. Un individuo que lleva en el bolsillo un millón no tiene esa tranquilidad.

—¿Qué puede hacer?

—¡Oh!, nada, evidentemente... No importa, no me fío. Lupin es Lupin.

En ese momento, M. Gerbois se dirigió a un quiosco, eligió varios periódicos, pagó y le dieron su cambio, desplegó uno de ellos y con los brazos extendidos, avanzando a pasos cortos, se puso a leer. Y de repente, de un salto se arrojó dentro de un automóvil que estaba estacionado al borde de la acera. El motor estaba en marcha, porque partió rápidamente, dobló por la Madeleine y desapareció.

—¡Nombre sobre todo nombre! —exclamó Ganimard—. ¡Otro golpe de los suyos!

Echó a correr, y otros hombres corrieron, al mismo tiempo que él, alrededor de la Madeleine. Pero lanzó una carcajada. A la entrada del bulevar Malesherbes, el automóvil estaba detenido, averiado, y M. Gerbois descendía de él.

—Rápido, Folenfant... El conductor... Ese puede ser el tal Ernest.

Folenfant se ocupó del conductor. Era un individuo llamado Gastón, empleado de la sociedad de automóviles de alquiler: diez minutos antes lo había parado un señor y le había dicho que esperase «con el motor en marcha», junto al quiosco, hasta la llegada de otro señor.

—Y el segundo cliente —preguntó Folenfant—, ¿qué dirección le dio?

—Ninguna dirección... «Bulevar Malesherbes... avenida de Messine... doble propina...». Eso fue todo.

\* \* \*

Pero durante ese tiempo, M. Gerbois, sin perder un minuto, había saltado al primer vehículo que pasaba.

—Cochero, al metro de la Concorde.

El profesor salió del metro Plaza del Palais-Royal, corrió hacia otro coche e hizo que lo condujeran a la plaza de la Bourse. Segundo viaje en metro; luego, en la avenida de Villers, tercer coche.

—Cochero, al 25 de la calle Clapeyron.

El 25 de la calle Clapeyron está separado del bulevar de Batignolles por la casa que hace esquina. Subió al primer piso y llamó. Un señor le abrió.

—¿Es aquí donde vive el abogado Detinan?

—Soy yo. El señor Gerbois, sin duda.

—Exactamente.

—Lo esperaba, señor. Por favor entre.

\* \* \*

Cuando M. Gerbois entró en el despacho del abogado, el reloj de péndulo marcaba las tres, y de inmediato dijo:

—Es la hora a la que él me citó. ¿No está aquí?

—Aún no.

M. Gerbois se sentó, se enjugó la frente, miró su reloj como si no supiese la hora y agregó con ansiedad:

—¿Vendrá?

El abogado respondió:

—Me interroga, señor, sobre la cosa del mundo que más curiosidad siento por saber. Jamás he experimentado semejante impaciencia. En todo caso, si él viene, arriesga mucho, esta casa está muy vigilada desde hace quince días... Se desconfía de mí.

—Y de mí aún más. Tampoco garantizo que los agentes asignados a mi persona hayan perdido mi rastro.

—Pero entonces...

—No será culpa mía —exclamó enérgicamente el profesor—, y no hay nada que reprocharme. ¿Qué prometí? Obedecer *sus* órdenes. Pues bien, obedecí ciegamente *sus* órdenes, cobré el dinero a la hora fijada por *él* y vine a su casa como *él* me lo indicó. Responsable de la desgracia de mi hija, cumplí mis compromisos con toda lealtad. Él debe cumplir los suyos.

Y añadió con la misma voz ansiosa:

—Traeré a mi hija, ¿verdad?

—Así lo espero.

—Pero... ¿Lo ha visto usted?

—¿Yo? ¡Pues no! Solo me pidió por carta que recibiera a ambos, dejara salir a mis criados antes de las tres y que no admitiera a nadie en mi apartamento entre la llegada de usted y la salida de él. Si no consentía en esta proposición, me rogaba que se lo comunicara mediante dos líneas en el *Écho de France*. Pero me considero muy dichoso de prestar servicios a Arsène Lupin y estuve de acuerdo con él en todo.

M. Gerbois gimió:

—¡Ay! ¿Cómo terminará todo esto?

Sacó del bolsillo los billetes, los puso sobre la mesa e hizo dos paquetes con la misma cantidad. Luego se calló. De cuando en cuando, M. Gerbois prestaba atención... ¿No habían llamado?

Con los minutos su angustia aumentaba, y el abogado Detinan experimentaba también una impresión casi dolorosa.

En cierto momento, hasta el abogado perdió su sangre fría. Se levantó bruscamente:

—No lo veremos... ¿Cómo quiere usted...? ¡Sería una locura de su parte! Que tenga confianza en nosotros pasa, somos personas honestas, incapaces de traicionarlo. Pero el peligro no solo está aquí.

Y M. Gerbois, con las dos manos sobre los billetes, balluceó:

—¡Que venga, Dios mío, que venga! Daría todo esto para recuperar a Suzanne.

La puerta se abrió.

—La mitad será suficiente, señor Gerbois.

\* \* \*

Alguien estaba en el umbral: un hombre joven, elegantemente vestido, en quien M. Gerbois reconoció enseguida al individuo que lo había abordado en las inmediaciones de la tienda de *bric-à-brac*, en Versalles. Dio un salto hacia él.

—¿Y Suzanne? ¿Dónde está mi hija?

Arsène Lupin cerró la puerta con cuidado y, mientras se quitaba los guantes con un pacífico gesto, dijo al abogado:

—Mi estimado maestro, nunca podré agradecerle la buena voluntad con que ha consentido en defender mis derechos. No lo olvidaré.

El abogado Detinan murmuró:

—Pero no ha llamado usted... No he escuchado la puerta...

—Los timbres y las puertas son cosas que deben funcionar sin que se les oiga. Aquí estoy de todas formas, eso es lo esencial.

—¡Mi hija! ¡Mi Suzanne! ¿Qué ha hecho usted con ella?  
—repitió el profesor.

—¡Dios mío, señor! Cuánta prisa tiene usted —dijo Lupin—. Vamos, tranquilícese, un momento más y su hija se hallará en sus brazos.

Se paseó; luego, con tono de gran señor que distribuye elogios, dijo:

—Señor Gerbois, lo felicito por la habilidad con la que ha actuado hace unos instantes. Si el automóvil no hubiese tenido esa avería absurda, nos habríamos encontrado sencilla-



mente en la plaza de l'Etoile y se le habría evitado al abogado Detinan la molestia de esta visita... En fin, estaría escrito.

Vio los dos paquetes de billetes y exclamó:

—¡Ah! ¡Perfecto! El millón está aquí... No perdamos tiempo. ¿Me permite...?

—Pero —objetó el abogado Detinan, colocándose delante de la mesa— la señorita Gerbois no ha llegado todavía.

—¿Y bien?

—¿Y bien? ¿Acaso su presencia no es indispensable?

—¡Comprendo, comprendo! Arsène Lupin no inspira más que una confianza relativa. Se embolsa el medio millón y no devuelve a la rehén. ¡Ah, mi estimado maestro, soy un gran incomprendido! Porque el destino me ha llevado a actos de naturaleza un poco... especial, se sospecha de mi buena fe... ¡de mí!, ¡de mí, que soy el hombre del escrúpulo y de la delicadeza! Por otra parte, mi estimado maestro, si tiene miedo, abra la ventana y llame. Hay una docena de policías en la calle.

—¿Usted cree?

Arsène Lupin alzó un visillo.

—Creo que M. Gerbois es incapaz de despistar a Ganimard... ¿Qué le decía? Ahí está, nuestro buen amigo.

—¿Es posible? —exclamó el profesor—. Le juro, sin embargo...

—¿Que no me ha traicionado?... No lo dudo, pero los agentes son astutos. Mire, veo a Folenfant... y a Gréaume... y a Dizzy... ¡A todos mis buenos camaradas están aquí!

El abogado Detinan lo miraba con sorpresa. ¡Qué tranquilidad! El otro emitía una risa feliz, como si se divirtiese con algún juego infantil y ningún peligro le amenazara.

Más aún que ver a los agentes, esta indiferencia tranquilizó al abogado. Se alejó de la mesa donde se encontraban los billetes.

Arsène Lupin tomó los dos paquetes, separó veinticinco billetes de cada uno, y alargando al abogado Detinan los cincuenta billetes así obtenidos:

—La parte de honorarios de M. Gerbois, mi estimado maestro, y los de Arsène Lupin. Se los debemos.

—No se me debe nada —replicó el abogado Detinan.

—¿Cómo? ¡Y todas las molestias que le hemos causado?

—¿Y todo el placer que he experimentado con esas molestias?

—Es decir, mi estimado maestro, que usted no quiere aceptar nada de Arsène Lupin. ¡Eso es tener una mala reputación! —suspiró.

Alargó los cincuenta mil francos al profesor.

—Señor, como recuerdo de nuestro feliz encuentro permítame entregarle esto: será mi regalo de boda para la señorita Gerbois.

M. Gerbois cogió con avidez los billetes, pero protestó:

—Mi hija no se casa.

—No se casará si usted le niega su consentimiento. Pero ella está ansiosa por casarse.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Sé que las jóvenes con frecuencia tienen sueños sin la autorización de su papá. Por fortuna existen genios buenos que se llaman Arsène Lupin y que en el fondo de los secretes descubren los secretos de esas almas encantadoras.

—¿No ha descubierto en él otra cosa? —preguntó el abogado Detinan—. Confieso que siento mucha curiosidad por saber por qué ese mueble fue objeto de su interés.

—Razón histórica, mi estimado maestro. Aunque, al contrario de la opinión de M. Gerbois, no contenía más tesoro que el billete de la lotería, y eso lo ignoraba yo; lo deseaba y lo buscaba desde hacía mucho tiempo. Ese secreter, de madera de tejo y caoba, decorado con capiteles de hojas de acanto,

fue encontrado en la discreta casita que habitaba en Boulogne María Walewska, y lleva en una de sus gavetas la inscripción: «Dedicado a Napoleón Primero, emperador de los franceses, por su muy fiel servidor, *Manción*», y encima estas palabras, grabadas a punta de cuchillo: «Para ti, *María*». Después de eso, Napoleón lo hizo copiar para la emperatriz Josefina..., así que el secreter que se admiraba en la Malmaison, que ahora está en una bodega, solo era una copia imperfecta del que, desde ahora, forma parte de mi colección.

El profesor gimió:

—¡Ay! ¡Si yo lo hubiese sabido en la tienda, con cuánta prisa se lo habría cedido a usted!

Arsène Lupin dijo, riendo:

—Y habría tenido, además, la inapreciable ventaja de conservar para usted solo el número 514, serie 23.

—Lo cual no le habría llevado a secuestrar a mi hija, que ha complicado todo.

—¿Cómo?

—Ese secuestro...

—Pero, mi estimado señor Gerbois, está usted en un error. La señorita Gerbois no ha sido secuestrada.

—¡Que mi hija no ha sido secuestrada!

—Para nada. Quien habla de secuestro habla de violencia. En cambio, ha servido de rehén con su pleno consentimiento.

—¡Con su pleno consentimiento! —repitió M. Gerbois, confundido.

—¡Y casi a petición suya! ¿Acaso una joven tan inteligente como la señorita Gerbois, y que además cultiva en el fondo de su alma una pasión inconfesada, iba a negarse a conquistar su dote? ¡Ah! Le juro, señor, que fue fácil hacerle comprender que no existía otro medio de vencer su obstinación.

El abogado Detinan se divertía mucho. Objetó:

—Lo más difícil era entenderse con ella. Es inadmisibile que la señorita Gerbois se dejase abordar por usted.

—¡Oh! Por mí no. No tengo el honor de conocerla. Fue una de mis amigas quien se prestó a entablar las negociaciones.

—La dama rubia del automóvil, sin duda —interrumpió el abogado Detinan.

—Exactamente. Desde la primera entrevista cerca del Liceo, todo estuvo arreglado. Después, la señorita Gerbois y su nueva amiga han viajado, visitando Bélgica y Holanda, de la manera más agradable e instructiva para una joven. Lo demás, ella misma se lo explicará...

Llamaron a la puerta del vestíbulo con tres golpes rápidos; luego un golpe solo, luego otro golpe solo.

—Es ella —dijo Lupin—. Mi estimado maestro, si hace usted el favor...

El abogado abrió.

\* \* \*

Entraron dos jóvenes. Una se arrojó a los brazos de M. Gerbois. La otra se acercó a Lupin. Era de alta estatura, busto armonioso, rostro muy pálido, y sus cabellos rubios, de un rubio deslumbrante, se dividían en dos trenzas onduladas y muy sueltas. Vestía de negro, sin otro adorno que un collar de azabache con cinco vueltas; parecía, no obstante, de refinada elegancia.

Arsène Lupin le dijo algunas palabras; luego, saludando a la señorita Gerbois:

—Le pido perdón, señorita, por todas sus tribulaciones; sin embargo, espero que no haya sido demasiado infeliz...

—¡Infeliz! Hasta habría sido muy feliz, si hubiese tenido a mi pobre padre.

—Entonces todo ha sido para mejor... Abrácelo de nuevo y aproveche la ocasión, que es excelente, para hablarle de su primo.

—¿Mi primo?... ¿Qué quiere decir?... No comprendo...

—Pero sí, usted comprende... Su primo Philippe..., ese joven cuyas cartas conserva usted tan preciosamente...

Suzanne enrojeció, perdió la compostura y, al fin, como le aconsejaba Lupin, se arrojó de nuevo a los brazos de su padre.

Lupin les dirigió una mirada enternecida.

—¡Cuánto recompensa hacer el bien! ¡Conmoveror espectáculo! ¡Padre feliz! ¡Hija feliz! ¡Y pensar que esta felicidad es obra tuya, Lupin! Estos seres te bendecirán más adelante... Tu nombre será piadosamente transmitido a sus nietos... ¡Oh, la familia, la familia!...

Se dirigió a la ventana.

—Mi buen Ganimard... ¿seguirá ahí? ¡Le gustaría tanto asistir a estas encantadoras efusiones!... Pues no, no está ya... No hay nadie... Ni él ni los otros... ¡Diablos! La situación se agrava... ¡No sería nada extraño que estuvieran ya bajo la puerta de la cochera ... o donde el portero... o incluso en la escalera!

M. Gerbois hizo un movimiento. Ahora que le habían devuelto a su hija, le volvía el sentido de la realidad. El arresto de su adversario significaría para él medio millón. Por instinto dio un paso... Como por casualidad, Lupin se encontró en su camino.

—¿Adónde va usted, señor Gerbois? ¡A defenderme contra ellos? ¡Muy amable! No se moleste. Además, le juro que ellos están más preocupados que yo.

Y continuó, reflexionando:

—En el fondo, ¿qué saben ellos? Que usted está aquí y, quizá, que la señorita Gerbois lo está también, porque debie-

ron de verla llegar con una dama desconocida. ¿Pero yo? No lo saben. ¿Cómo iba a meterme a una casa que registraron esta mañana del sótano al ático? No. Según todas las probabilidades, esperan atraparame al vuelo... ¡Pobres y estimados amigos!... A menos que adivinen que la dama desconocida fue enviada por mí y que la supongan encargada de realizar el cambio... En cuyo caso se apresurarán a detenerla a la salida...

Sonó el timbre.

Con gesto brusco, Lupin inmovilizó a M. Gerbois, y con voz seca, imperiosa, dijo:

—Alto ahí, señor. Piense en su hija y sea razonable; si no... En cuanto a usted, abogado Detinan, tengo su palabra.

M. Gerbois se quedó clavado en el sitio. El abogado no se movió.

Sin la menor prisa, Lupin tomó su sombrero. Un poco de polvo lo manchaba y lo cepilló con el revés de la manga.

—Mi estimado maestro, si alguna vez me necesita... Mis mejores deseos, señorita Suzanne, y todas mis felicitaciones a Philippe.

Sacó del bolsillo un pesado reloj con doble tapa de oro.

—Señor Gerbois, son las tres y cuarenta y dos minutos; a las tres y cuarenta y seis le autorizo a salir de este salón... Ni un minuto antes de las tres y cuarenta y seis, ¿entendido?

—Pero entrarán a la fuerza —no pudo evitar decir el abogado Detinan.

—¡La ley lo obliga, mi estimado maestro! Ganimard nunca osaría violar el domicilio de un ciudadano francés. Tendríamos tiempo de una excelente partida de *bridge*. Pero, perdóneme, parece que están un poco alterados los tres, y no quisiera abusar...

Puso el reloj sobre la mesa, abrió la puerta del salón y, dirigiéndose a la dama rubia, le dijo:

—¿Estás lista, querida amiga?

Se deslizó delante de ella, dirigió un último saludo —muy respetuoso— a la señorita Gerbois, salió y cerró la puerta detrás de él.

Y se le oyó decir, en el vestíbulo, en voz alta:

—Buenas tardes, Ganimard, ¿cómo va todo? Dele mis recuerdos a la señora Ganimard... Un día de estos iré a que me invite a almorzar... Adiós, Ganimard.

Otra vez sonó el timbre, brusco, violento; luego, golpes repetidos y ruido de voces en el rellano.

—Las tres y cuarenta y cinco —balbuceó M. Gerbois.

Tras algunos segundos, pasó con determinación al vestíbulo. Lupin y la dama rubia ya no estaban allí.

—¡Papá!... ¡No hay que...! ¡Espera!... —exclamó Suzanne.

—¿Esperar? ¡Estás loca!... ¿Contemplaciones con ese truhan?... ¿Y el medio millón?

Abrió. Ganimard entró.

—¿Dónde está la dama? ¿Y Lupin?

—Está allí..., está allí...

Ganimard lanzó un grito de triunfo:

—Lo tenemos... La casa está rodeada.

El abogado Detinan objetó:

—¿Y la escalera de servicio?

—La escalera de servicio desemboca en el patio y no hay más que una salida: la puerta principal. Diez hombres la vigilan.

—Pero él no entró por la puerta principal... Ni se irá por ella...

—¿Por dónde, entonces? —respondió Ganimard—. ¿A través del aire?

Descorrió una cortina. Vio un largo pasillo que conducía a la cocina. Ganimard lo atravesó corriendo y comprobó que

la puerta de la escalera de servicio estaba cerrada con doble cerrojo.

Desde la ventana llamó a uno de los agentes:

—¿Nadie?

—Nadie.

—¡Entonces están en el apartamento!... —gritó—. ¡Están escondidos en una de las habitaciones!... Es materialmente imposible que hayan escapado... ¡Ah, mi pequeño Lupin, te has burlado de mí, pero esta vez es la revancha!

\* \* \*

A las siete de la tarde M. Dudouis, jefe de la Sûreté, extrañado de no recibir noticias, se presentó en la calle Clapeyron. Interrogó a los agentes que vigilaban el inmueble y luego subió a casa del abogado Detinan, quien lo condujo a su dormitorio. Allí vio a un hombre o, mejor dicho, dos piernas que se agitaban sobre la alfombra, mientras que el torso al que pertenecían estaba empotrado en las profundidades de la chimenea.

—¡Ohé!... ¡Ohé!... —gritaba una voz ahogada.

Y otra voz más lejana, que venía de lo alto, respondía:

—¡Ohé!... ¡Ohé!...

M. Dudouis exclamó, riendo:

—¡Y bien, Ganimard! ¿Está usted haciendo de deshollinador?

El inspector se exhumó de las entrañas de la chimenea. Con el rostro ennegrecido, el traje cubierto de hollín y los ojos brillantes de fiebre, estaba irreconocible.

—Lo busco —gruñó.

—¿A quién?

—A Arsène Lupin... A Arsène Lupin y a su amiga.

—¡Ah! Pero ¿imagina usted que se esconden en el tubo de la chimenea?



Ganimard se levantó, aplicó sobre la manga de su gabardina cinco dedos color carbón y sorda, rabiosamente, contestó:

—¿En dónde quiere que estén, jefe? Tienen que estar en alguna parte. Son seres como usted y como yo, de carne y hueso. Y esos seres no se van envueltos en humo.

—No, pero se van de todas formas.

—¿Por dónde?... ¿Por dónde? ¡La casa está rodeada! Hay agentes en el tejado.

—¿Y la casa vecina?

—No hay comunicación con ella.

—¿Y los apartamentos de los otros pisos?

—Conozco a todos los inquilinos. No han visto a nadie. No han oído a nadie.

—¿Está seguro de conocerlos a todos?

—A todos. El portero responde por ellos. Además, para más precaución, aposté un hombre en cada uno de los apartamentos.

—Aún debemos, no obstante, atraparlo.

—Es lo que yo digo, jefe, es lo que yo digo. Hay que atraparlo y así será, porque los dos están aquí... y no pueden no estar. Tranquilícese, jefe, si no es esta tarde será mañana... ¡Dormiré aquí! ¡Dormiré aquí!

Y en efecto durmió, y la noche siguiente, y también la siguiente... Y cuando transcurrieron tres días y tres noches, no solamente no había descubierto al escurridizo Lupin ni a su no menos escurridiza compañera, sino que no había encontrado el más pequeño indicio que le permitiera establecer ni la más pequeña hipótesis.

Por esta razón, su opinión inicial no había variado:

—¡Desde el momento en que no existe ningún rastro de su fuga es que están aquí!

Quizá, en el fondo de su conciencia, estuviese menos convencido. Pero no quería reconocerlo. No, mil veces no. Un

hombre y una mujer no se desvanecen como los genios malos de los cuentos infantiles. Y, sin desanimarse, continuaba sus registros y sus investigaciones, como si esperase descubrirlos, camuflados, en algún escondrijo impenetrable, incorporados a las piedras de la casa.